



ENTRE TUS BRAZOS

Alicia Vigo

ENTRE TUS BRAZOS

Alicia Vigo

Obra registrada:
Todos los derechos reservados.

CAPITULO 1

Marian dejó caer las pesadas maletas sobre la entrada de la casa de sus padres y olisqueó el agradable aroma a carne asada que debía venir de alguno de los jardines de los alrededores.

Desde que se había ido de casa de sus padres, Marian había decidido hacer como si sus años en aquel vecindario nunca hubieran existido. Las muertes de sus progenitores en aquel accidente de coche la habían marcado completamente y aún le costaba mirar al pasado y no sentir dolor, pero tras ocho años de ausencia, había decidido poner aquella casa en venta y tras hablar con una inmobiliaria para que llevara el papeleo, no habían tardado más que un mes en llamarla y comunicarle que ya tenían cuatro compradores.

Al principio, Marian les había dicho que se ocuparan completamente de todo. No quería implicarse demasiado en todo aquello y tal vez desenterrar algo que quería creer que estaba olvidado, pero cuando habían terminado las largas horas de clases en el colegio infantil en el que trabajaba y había revisado la lista de llamadas en su teléfono móvil, había tardado sólo lo justo en montarse en su coche y ponerlo en marcha para decidir pasarse aquel fin de semana en Baltimore.

—Está lleno de polvo —se quejó, pasando un dedo por la superficie de la mesa que una vez perteneció al coqueto y cuidado salón que su madre había mantenido limpio y bonito hasta el día de su muerte.

Los ojos de Marian recorrieron cada una de las estancias, deteniéndose particularmente en la cocina, recordando a su madre, allí de pie, frente a los fogones, siempre cocinando algo con unas manoplas de color rosado y en su habitación, aún decorada como la última vez que había estado allí dentro.

Aún recordaba aquellas cortinas de color malva suave, ahora ligeramente amarillentas por la humedad y el polvo. La alfombra de color tostado cubierta de una fina capa blanca, posiblemente también de polvo. El armario al fondo,

vacío como lo había dejado al marcharse o la cama a medio hacer, en la que había pasado la noche llorando el día del entierro de sus padres y que seguía luciendo aquella colcha a patchwork que le había hecho tan cariñosamente su madre el cumpleaños anterior a su graduación.

Desesperada, Marian se dio la vuelta y bajó las estrechas escaleras hasta la planta baja, dejando escapar un grito de sorpresa al ver a un hombre en medio del pasillo.

—¿Quién eres tú? —gritó alarmada, buscando algo para comenzar a golpear al extraño si era necesario—. Esto es una propiedad privada y voy a llamar a la policía si no se va.

El hombre se dio la vuelta y Marian ahogó esta vez una nueva exclamación de sorpresa que salía de sus labios.

El intruso no era un vagabundo tal y como había creído al verlo ahí plantado de pie junto a las escaleras echando una ojeada a la casa. Vestía con unos vaqueros pero la camisa y la chaqueta eran claramente de marca, pero lo que dejó sin aliento a la pétrea profesora infantil Marian Salivan había sido la intensa mirada azul que sobresalía del notable rostro de aquel desconocido.

—Siento haberla asustado —dijo suavemente con un extraño acento que Marian no identificó. Buscó algo en el bolsillo de su chaqueta y le entregó una tarjeta alzando el brazo hacia ella—. Me llamo Reynald Oswen. Habíamos quedado hoy para ver la casa.

Marian aceptó la tarjeta vacilante, procurando no rozar sin querer alguno de los dedos de aquel hombre. No estaba segura de la reacción de su propio cuerpo si eso llegaba a ocurrir. ¿Cuándo había sido la última vez que había visto a un hombre tan apuesto e interesante?

—Creo, señor... Oswen que ha habido una terrible equivocación — Marian levantó la mirada de las bonitas letras en negro que anunciaban a aquel hombre como director de una empresa de moda y le dedicó una de sus poco frecuentes sonrisas coquetas. ¿Cuándo había sido la última vez que había intentado coquetear con alguien de una manera tan descarada? —, pero yo no

soy empleada de la agencia inmobiliaria.

En ese punto, ella no sabía si debía o no devolverle la tarjeta en la que le servía su número de teléfono y su dirección, que aunque fuera la de la empresa, significaba que tenía un lugar donde ir a buscarlo.

Si quería hacerlo.

Pero Marian no dudaba que sus pies no la condujeran directamente hacia aquella dirección si dejaba que lo hicieran.

Joder... Marian se quedó completamente en blanco y se dio un disimulado pellizco en el muslo para tratar de controlarse y no comenzar a actuar como un animal en celo. Eso o su evidente necesidad sexual iba a terminar arrastrándola a algo tan humillante como empezar a olisquearle el trasero a aquel hombre... No, en serio, ¿en qué demonios estaba pensando?

—¿No lo es? —se interesó él, mirándola un momento como si se preguntase quién podría ser ella para encontrarse en la casa a esas horas y obligándola a reaccionar y cambiar el rumbo de sus siniestros pensamientos —. ¿También está interesada en la casa?

Marian percibió la dureza en la voz del hombre y la nota irritada que había adquirido al ver, seguramente, a una posible competencia.

—No —dijo ella lentamente, mirando interesada todas las reacciones del hombre.

—¿Entonces quién es usted?

—Soy la propietaria.

Una vez más, las facciones del hombre se suavizaron y sonrió, mostrando unos dientes blancos y perfectos que parecían ser producto de un anuncio de dentífricos.

—Entonces no hay ningún problema. ¿Podemos hacer negocios? Si he de ser sincero tengo un poco de prisa y me gustaría adquirir esta propiedad. Puedo aumentar la suma de dinero que pide la inmobiliaria si me ayuda a agilizar el proceso.

Marian estuvo a punto de bufar molesta pero era imposible mostrar

irritación delante de ese hombre cuando le costaba trabajo no querer correr hacia un espejo y asegurarse que no había fuera de lugar lo que no correspondía. ¿Cómo tendría el cabello después del viaje? ¿Y la ropa? Debía parecer un desastre con aquellos pantalones anchos y la camisa de cuadros fuera de los pantalones. ¡Oh, bueno! ¿Qué culpa tenía ella de que un hombre capaz de dejarla sin respiración fuera a aparecer dentro de su casa a esas horas cuando acababa de llegar?

—Disculpe, señor Oswen, pero, ¿cómo ha entrado?

Sí, eso. Debía ser más racional y mantener la compostura. Las divagaciones propias de una adolescente podía dejarlas para otro momento. ¡Y que un desconocido se hubiera metido en su casa era ya bastante serio por sí solo!

—Estaba la puerta abierta —Reynald la miró fijamente un momento antes de responder lentamente. Era una mujer bastante extraña y muy diferente a las que habitualmente se encontraban a su alrededor. Estaba convencido de que no sería muy difícil convencerla para que le vendiera la casa y que el lunes como muy tarde pudieran ir a firmar los papeles con el notario aunque realmente esperaba que ella accediera a que se encargara de todo su abogado y si era posible firmar esa noche o a la mañana siguiente la escritura—. Pensé que me estaban esperando dentro, por eso entré. Siento haberla importunado.

—Ah —Marian sacudió débilmente la cabeza, muy insegura de pronto. No recordaba no haber cerrado la puerta cuando había entrado a la casa pero tampoco recordaba haberla cerrado—. Lo siento, hablé con la agencia hace unas horas y les dije que vendría a la casa este fin de semana... No me dijeron que alguien vendría esta noche.

Reynald volvió a mirarla con esa misma expresión irritada que no acompañaba a su sonrisa.

—Si quiere podemos llamar a la agencia. Tengo una agenda muy ocupada y es el único momento que tenía libre para poder ver la casa —Hizo una corta pausa en la que tomó aire y pareció estar recuperando algún tipo de calma—.

Si no es mucha molestia...

—No, no.

Marian miró a su espalda, hacia las escaleras que acababa de bajar y sintió una amarga y familiar sensación de aprensión.

¡Oh, vamos! ¿No era a lo que había ido hasta allí? ¿No quería vender y deshacerse de una vez de esos dolorosos recuerdos? Sí... Lo era, pero ella mejor que nadie sabía lo duro y difícil que era hacer algo como eso y tal vez no había tenido el tiempo necesario para adaptarse a la idea antes de que los compradores acudieran a visitar la casa.

—¿Entonces?

—Sí, claro.

Lo invitó a pasar primero hacia la derecha de donde se encontraban, conduciéndolo a la cocina y las imágenes de su pasado volvieron a ella como lo habían hecho al principio, pero el mal estado del paso del tiempo en unos muebles abandonados y la presencia de aquel hombre a su lado, poderosa e inquietante tras las emociones que despertaba en ella hizo que los recuerdos se dispararan.

—Hace mucho que no se usa nada de esto. Siento que la impresión no sea muy agradable.

Marian hizo una nota mental de llamar a primera hora a la agencia inmobiliaria. ¿No habían dicho que se encargarían de la limpieza del inmueble para dar la mejor presencia a la casa? Se cruzó de brazos molesta y avergonzada, rezando para que Reynald Oswen no se diera cuenta de las telarañas que colgaban de uno de los lados de las cortinas amarillentas.

—Eso no importa —dijo él echando un vistazo fugaz a la cocina antes de salir de ella y caminar hacia una nueva estancia. Marian arrugó el entrecejo y lo siguió mordiéndose la lengua—. Cambiaré completamente los muebles y decoración de la casa. Además contrataré un decorador.

Reynald pasó un dedo por el anticuado mueble que adornaba el amplio salón y se los limpió inmediatamente después. Esa casa necesitaba una buena

limpieza y alguien capaz de crear una decoración más acorde a sus gustos, muy lejos de la que habían tenido los anteriores propietarios. En ese momento la chica pasó por su lado y Reynald bajó la mirada para fijarse en la manera disimulada que tenía de ocultar una mancha de humedad que atravesaba la pared del fondo, justo detrás del armario. Él decidió ser lo bastante amable como para fingir que no se daba cuenta.

No quería vivir en esa casa porque necesitara una vivienda o porque le causara algún tipo de fascinación, simplemente era la única que se vendía en esa zona y la necesitaba. Poco importaban las humedades en las paredes o la falta de higiene. Habría tiempo de adecuarla cuando consiguiera tener firmado los papeles.

Además, le resultaba entretenida la manera con la que aquella mujer se movía y reaccionaba a él. Estaba acostumbrado a ello, sí, pero aunque era cierto que su aspecto llamaba la atención de la mujer y estaba más que familiarizado con las expresiones que podían cautivar a las mujeres, aquella se mostraba reacia de alguna manera a caer rendida a sus pies, como si estuviera teniendo algún debate interior y el control estuviera ganando la batalla.

Era refrescante, aunque también frustrante.

—¿Quiere ver las habitaciones?

—Sí, por favor.

Marian lo condujo a la segunda planta y le enseñó las dos habitaciones y el cuarto de baño, agradeciendo que Reynald no pareciera especialmente interesado en inspeccionar los pequeños detalles indecorosos que ella iba encontrando a medida que iba abriendo las puertas.

—¿Es de su agrado?

Una parte de ella, aunque la mantenía muy profundamente escondida en su interior, deseaba que aquel hombre dijera que no y saliera de su vida y de su casa pero la otra parte, mucho más despierta, como si hubiera despertado de un sueño muy profundo, deseaba que ese hombre no sólo se quedara con la

casa, sino que también con ella.

Y eso último era lo más absurdo que su cerebro podía llegar a pensar.

—Mucho —respondió él en cambio, sonriendo una vez más al girarse para mirarla—. ¿Podríamos concertar una cita mañana a la mañana para firmar los papeles de la escritura?

—¿Mañana? —En su tono de voz se percibió perfectamente la alarma.

Reynald enarcó una ceja y durante unos instantes guardó silencio.

—¿Hay algún inconveniente?

—Oh, bueno, no realmente, pero mañana es muy pronto. Acabo de llegar de viaje, estoy cansada y había planeado descansar...

Aún no estaba preparada para deshacerse de la casa.

—¿Por qué no hacemos una cosa?

—¿Una cosa?

Marian miró con desconfianza al hombre que había comenzado a moverse seguro por la casa, como si ya diera por hecho que era de su propiedad.

—Estoy dispuesto a pagar un tercio más del valor de la propiedad...

—Le agradezco la oferta —le cortó ella, comprobando que Reynold fruncía el ceño contrariado. Ya fuera porque era mujer o porque no estaba habituado a que le cortaran de esa manera, pero que ella lo hiciera pareció molestarle—, pero en serio, necesito pensármelo durante el fin de semana. Si el lunes...

—No puedo esperar tanto —continuó él con el mismo tono afable que desmentía la impresión de Marian—. Pero si usted me garantiza que la casa será mía, aceptaré esperar hasta el lunes. Mi abogado se pondrá en contacto y...

—¿Su abogado?

—Espero que no le importe. Pero como el lunes no podré dedicarle mucho tiempo al asunto, él se hará cargo de todo lo necesario...

—Ah, no, supongo que no importa...

—Entonces, estupendo —dijo él moviéndose hacia la entrada. Al llegar a

la puerta se detuvo y le tendió la mano—. El lunes vendré a primera hora — Marian miró la mano extendida hacia ella un momento y luego levantó la de ella, apretando la mano fuerte y larga del hombre durante unos segundos que fueron capaces de estremecerla—. Por cierto, ¿cómo debería llamarla?

—Ah —Marian puso los ojos en blanco. ¿Hasta se había olvidado de los modales? —. Llámeme Marian.

CAPITULO 2

Marian se tumbó en la cama y dio varias vueltas hasta acomodarse, mirando hacia la ventana. Había tenido que sacudir y limpiar el colchón antes de tumbarse y como buena previsora se felicitó de llevar con ella un cambio de sábanas por si lo que había dentro de la casa era inservible y más o menos había decidido que era lo suficientemente aceptable como para tumbarse y descansar unas horas.

Reynald Oswen...

Era guapo... No, era increíblemente atractivo, pura sensualidad encarnada ahora que podía pensar en él de una manera más fría. Al menos de una manera más racional ahora que no lo tenía delante. Aunque no por ello disculpaba su actitud. ¿De verdad alguien tan correcto como ella había estado dispuesta a prácticamente saltar sobre él?

—Es evidente que estoy sexualmente frustrada.

Y reconocerlo en voz alta no ayudaba a sentirse mejor.

Marian suspiró y se revolvió en la cama, acomodándose aún más de lado para poder ver mejor por la ventana de la que una vez fue su habitación.

Marian miró tras los cristales de la ventana. Los vecinos habían cambiado bastante tras esos años que había estado fuera. Aún había luz en la ventana de la casa de al lado y por lo que se veía tras las cortinas abiertas de sus vecinos, una joven pareja estaba discutiendo en la habitación. Como muestra de empatía, se dio la vuelta y miró hacia la puerta. No quería comenzar a curiosear sobre algo que desconocía y sobre una familia con la que jamás trataría. Aún así, echó varios vistazos a la ventana antes de caer vencida y dormir durante seis horas; las únicas que consiguió dormir antes de

que el timbre de la puerta la despertara.

—¡Voy! —gritó, bajando las escaleras a toda prisa, atándose el lazo de la bata rosa que había sacado de la maleta—. ¡Voy!

—Buenos días, señorita Norris.

—¿Qué?

Marian miró a la mujer y la mano que le tendía unos instantes antes de aceptar la mano y estrecharla unos segundos antes de comenzar a relacionarla con la inmobiliaria al ver la carpeta que llevaba bajo el brazo.

—No la habré despertado, ¿verdad?

Marian siguió mirando a la mujer y luego el coche aparcado con varias personas dentro que al verla comenzaron a bajar del vehículo.

—¿Qué hora es?

—¿No se le avisó del orden de visitas?

Marian sacudió la cabeza repetidamente y se alisó el pelo con disgusto.

—Nadie me dijo nada —soltó molesta—. Y ayer a la noche apareció un tal Reynald Oswen. ¿Cree de verdad que tengo las pintas adecuadas para enseñar una casa?

La bonita mujer rubia sonrió tranquilamente, sin bajar la mirada a su ropa.

—No se preocupe. Vístase tranquilamente mientras yo me hago cargo de enseñarles la casa.

—Estupendo —masculló ella dándose la vuelta para salir corriendo escaleras arriba y se vistió tan rápido como pudo, dando con la tarjeta de visita de Reynald—. ¡Oh, genial!

¡Se había olvidado por completo la promesa que le había hecho a ese hombre!

Cerró bruscamente la maleta y se dio la vuelta con la tarjeta fuertemente apretada en la mano cuando la puerta se abrió y la empleada de la inmobiliaria asomó discretamente la cabeza, sorprendiéndola.

—Veo que ya está presentable —Se apartó y abrió completamente la

puerta, invitando a pasar a dos hombres de mediana edad y a una joven que la miró con ojo crítico antes de pasar una mano por encima de los muebles de la habitación.

Marian hizo una mueca pero no dijo nada. Salió de la habitación con la cabeza bien alta y la cerró a su espalda, aún escuchando la alegre voz de la empleada mientras explicaba las bonitas vistas al jardín que daba la habitación y lo acogedora que podía quedar una vez estuviera preparada.

Lo que significaba que ahora no era muy acogedora.

Marian bufó de mal humor y bajó las escaleras molesta, averiguando que el teléfono que reposaba en una de las mesitas del cuarto de estar había pasado a formar parte de la decoración sin que tuviera alguna otra utilidad. Colgó el aparato bruscamente y miró a lo alto de las escaleras a la espera que los visitantes hicieran acto de presencia y pudiera escabullirse hacia su habitación a buscar el teléfono móvil que había dejado en la habitación y no tener que soportar las miradas de desaprobación de la mujer que miraba con ojo crítico cada uno de los rincones deplorables de la casa. ¡Ella era una mujer limpia y jamás se le hubiera ocurrido vivir en una casa en ese mal estado!

Cuando por fin las voces se escucharon cerca de las escaleras, Marian se dirigió hacia la cocina y esperó a que desaparecieran por el vestíbulo para subir rápidamente a la habitación y se asomó a la ventana para mirar por la esquina que dejaba a la vista esa zona de la casa como la familia se alejaba con su coche.

—No fue tan buena idea venir hasta aquí —masculló irritada, sacando el móvil del bolso mientras su mirada se desviaba hacia la casa de al lado.

Una niña de unos seis años se acercaba a la mujer que había visto discutiendo con un hombre la noche anterior y que en ese momento parecía estar llorando sentada en la cama. Al escuchar a la niña se secó torpemente las lágrimas y la abrazó, forzando una sonrisa.

Marian se apartó rápidamente de la ventana, culpable de haber observado

esa escena y cerró las cortinas, alejándose de la ventana mientras revisaba los mensajes y las llamadas perdidas, la mayoría de amigos y alguna del trabajo.

Cuando volvió a bajar a la cocina, la echó un rápido vistazo, repasando los detalles que una vez más había pasado por alto su reencuentro melancólico con la estancia y que la presencia de Reynald Oswen la había obligado a descubrir. ¡Y de qué manera más vergonzosa!

—Oh, mierda.

Marian sacó del bolsillo del pantalón la tarjeta de visita que Reynald le había dado y que se había arrugado por una de las esquinas al estar tanto tiempo metida en el pantalón y se quedó contemplando la bonita combinación de dibujo y letras que lo presentaba a él y a la compañía a la que pertenecía.

—Menudo jaleo —dijo con un suspiro—. ¿Lo llamo a él? —¿O llamaba directamente a la inmobiliaria para informarle que ya había encontrado comprador?

Marian levantó la mirada de la tarjeta y la clavó en los muebles de delante y tras unos instantes sacudió la cabeza, apretando la tarjeta en la mano. No iba a aventurarse a abrir aquellos armarios.

—Mejor desayuno fuera.

CAPITULO 3

—¿De qué estás hablando?

Reynald hizo señas a su secretaria para que se retirase mientras ponía toda su atención a la voz del otro lado del teléfono, dejando caer el estrenado nuevo catalogo de la nueva temporada que lanzaría la marca de la empresa. Había estado revisando hasta muy tarde los últimos detalles para que la imprenta pudiera comenzar con la impresión a primera hora de la mañana y ahora, al fin, le habían hecho entrega de uno de los primeros volúmenes de muestra antes de comenzar con la impresión definitiva.

—Me pediste que hablara con la dueña de la casa que quieres comprar, ¿no?

—Te lo pedí como un favor, sí —Reynald se frotó los ojos—. ¿Pero a qué te refieres con eso de que no será posible?

—A eso. Llamé hoy pero en la agencia me dieron largas y me dijeron que para comprar había que contactar directamente con ellos, que no tenían constancia de tu visita de ayer y que nadie les había comunicado que ya hubieras sido elegido como comprador. También añadieron que fue una equivocación lo de anoche y que si te comunicabas con ellos te darían una cita cuanto antes y te enseñarían la casa... ¿Reynald me estás escuchando?

—Te estoy escuchando.

—¿Qué vas a hacer?

—Maldita zorra.

Reynald exhaló con fuerza y se aflojó el nudo de la corbata mientras se acomodaba en el sillón.

—¿Así que existe una mujer inmune a tu sonrisa? —Dennis comenzó a reírse—. Pensé que te resultaría un reto.

—¿Un reto?

Sí, él había creído que la reacción de aquella mujer era refrescante. Era natural por su forma coqueta de comportarse que sí había estado interesada pero su autocontrol y la manera que había mantenido las formas, acompañándolo hasta la puerta y mostrándose todo lo fría que pudo con él le había resultado atrayente.

Además, Marian era una mujer muy hermosa. Incluso era interesante con aquella ropa de andar por casa y el pelo revuelto.

Había planeado volver a encontrarse con ella. Tal vez invitarla a tomar algo mientras formalizaban la venta de la casa y quien sabía a donde conduciría todo aquello... pero una vez más aquella mujer le sorprendía. ¿Se había burlado de él cuando accedió a venderle la casa? ¿O había aparecido un comprador capaz de superar su oferta?

—¿Reynald?

—¿Qué? Ah, sí. No te preocupes, Dennis. A partir de ahora me haré cargo yo. Gracias por todo.

—Para eso está la familia, primo.

—Si necesito que me ayudes con algo más, te llamaré.

—Siempre y cuando no interfiera en mis planes.

En flirtear y disfrutar de la vida. Esos eran los planes de su primo, tres años menor y heredero en parte de la empresa en la que él trabajaba. Aún se había negado a comenzar a participar en la empresa familiar como abogado y Reynald dudaba que su primo hubiera trabajado alguna vez, pero tampoco necesitaba hacerlo. Aunque si era por dinero él tampoco necesitaba trabajar, pero alguien tenía que encargarse de los negocios y aunque en su momento a Reynald no le había importado, comenzaba a creer que le gustaría unas largas vacaciones. Llevaba tiempo desatendiendo algo tan importante como sus amigos y ese era el motivo por el que necesitaba comprar esa casa, la única en venta en la zona.

La necesitaba y la compraría, aunque tuviera que atar a la bonita dueña a una silla y obligarla a firmar las escrituras de la venta.

—Algún día tendrás que venir a la empresa, Dennis.

Y demostrar públicamente que como miembro de la familia salir de la universidad lleno de honores y con la nota más alta no era sólo pura fachada, sino que en verdad tenía talento para aquello que había decidido estudiar. ¡Además, a la empresa le vendría muy bien una nueva cara —y una muy bien parecida— que se hiciera cargo de todo el papeleo legal!

—Algún día —aceptó él—. Tú lo has dicho; pero ese día no es ni hoy ni mañana.

Ni dentro de un año y posiblemente tampoco dentro de dos.

Reynald dejó el teléfono sobre la mesa y trató de poner sus pensamientos en orden, mirando la portada del catalogo. Sus preferencias siempre habían girado alrededor del trabajo pero en esa ocasión estaba dispuesto a dejar todo aquello de lado.

Echó hacia atrás la silla y se levantó, Por un momento, decidió dejar el catalogo donde estaba pero al llegar a la puerta se arrepintió y volvió hasta la mesa para agarrarlo y lo mantuvo quieto bajo el brazo mientras marcaba un número de teléfono y salía del despacho dando instrucciones para que le preparasen inmediatamente un coche.

CAPITULO 4

El panecillo que Marian sostenía entre los dedos se le escurrió de las manos, cayendo sobre su falda de pliegues, pero aún así tardó unos segundos en reaccionar y recogerlo, sacudiendo las miasas con una mano temblorosa y averiguó aliviada que no había dejado mancha.

—Iba a llamarle —aseguró tras carraspear incómoda un momento. Miró a su alrededor avergonzada, cada vez más segura de ser parte de los chismorreos de las mesas del local.

Reynald Oswen había aparecido en la cafetería justo cuando doblaba el periódico y lo dejaba a un lado de la mesa y terminaba de tragar uno de los últimos trozos de su tostada.

—No parecía que fuera a hacerlo inmediatamente.

Marian puso mala cara. ¿Tanto le costaba sentarse en la silla que tenía delante de él y dejar de mirarla como si quisiera asesinarla? En realidad no le importaba demasiado esa actitud. Había lidiado con cosas peores al conocer a los padres de sus alumnos, comprobando que si bien era fácil tratar con un niño de esas edades, generalmente, con los padres era otra historia, pero Reynald Oswen la incomodaba de otra manera y su notable atractivo hacia que llamara aún más la atención mientras se mantenía ahí de pie, frente a ella.

—Ha sido una equivocación —trató de explicar a modo de disculpa—. ¿Cómo me ha encontrado?

Era sospechosa la manera con la que ese hombre había dado con ella si tenía en cuenta que se encontraba en una cafetería cualquiera del centro de la ciudad. Marian volvió a sacudirse la falda mientras miraba con ojo crítico a Reynald que no pareció ni preocupado por la pregunta ni parecía tener intenciones de responderla.

Tampoco parecía tener muchas ganas de sentarse.

—¿Por qué no se sienta? —soltó irritada, ofreciéndole con una mano la silla que él tenía delante—. Estamos llamando mucho la atención.

Reynald sólo desvió un momento la mirada de ella, escudriñando sin interés las mesas contiguas de su derecha y después volvió a clavar en ella esa dura mirada con la que la había recibido al entrar a la cafetería. Y ella, como una tonta colegiala, se había vuelto a ruborizar suavemente.

Era el colmo. Iba a tener que hacer algo al respecto con sus hormonas.

—Pensé que teníamos un acuerdo —dijo él sin tener en cuenta su comentario aunque no levantó la voz.

Marian puso los ojos en blanco.

Oh, venga ya.

—Acabo de decir que fue una equivocación —dijo ella a la defensiva—. Ayer se me olvidó llamar a la inmobiliaria y esta mañana se han presentado con unos nuevos interesados por la casa —Puso una vez más los ojos en blanco—. Sólo les dejé que echaran un vistazo a la casa. Nada más.

¿Y por qué se comportaba de esa manera por una tontería? ¿Era uno de esos hombres?

—¿No pudo decirles que la casa ya estaba comprada?

El tono áspero y autoritario y la manera que la estaba tratando comenzaba a molestarla. Marian se cruzó de brazos, apretándolos sobre el pecho y le lanzó una de esas miradas desdeñosas que solía emplear con los padres de sus niños.

—Mire señor Oswen, puede que ayer le dijera que le vendería mi casa, pero aún no recuerdo haberlo hecho. Ni siquiera recuerdo haber formalizado de alguna manera legal ese acuerdo, así que aún sigo siendo dueña de la casa y puedo hacer con ella lo que me de la gana.

Vale, de acuerdo; tampoco habían sido las mejores maneras de decirlo, pero sí parecían haber tenido cierto efecto en el hombre que levantó una ceja y la miró intensamente pero sin el mismo tono duro que había usado hasta ese momento.

—Si le han hecho una oferta mejor puedo mejorarla.

Marian bufó y echó un nuevo vistazo a su alrededor. Cada vez miraban con mayor atención a Reynald, posiblemente a esas alturas ya habían pasado por alto la presencia amenazante que tenía allí quieto, de pie frente a la mesa para darse cuenta del enorme atractivo del hombre.

—No me han hecho una oferta mejor —cedió ella con voz baja y cansada.

—No importa el precio. Pagaré lo que sea por esa casa.

Los dos se miraron fijamente y Marian no pudo evitar sentir curiosidad por ese motivo tan obtuso por conseguir la casa de sus padres, pero no preguntó nada.

—No se trata de eso —gruñó irritada.

—Necesito esa casa.

Marian levantó los ojos para volver a mirarlo. Unos nubarrones habían nublado la hermosa mirada de aquel hombre y un nuevo brote de curiosidad subió fuertemente hasta la cabeza de ella.

—¿Por qué la quiere tanto?

Reynald siguió mirándola sin responder. Su mirada había vuelto a tener aquel brillo duro y Marian imaginó que no estaba tan dispuesto a hablar sobre los motivos personales que le habían llevado a buscarla aquella mañana y tratar con una completa extraña. Por algún motivo se sintió decepcionada y triste pero lo dejó correr rápidamente. No era el momento para dejarse llevar por impulsos que no terminarían bien. Ni siquiera estaba segura que fueran a comenzar bien si ella dejaba ver lo que sentía en su cuerpo cada vez que ese hombre se le aparecía.

¡Era tan frustrante!

—¿Por qué no se sienta de una vez? —gruñó de mal humor, lanzando unas significativas miradas a su alrededor. Dudaba que al menos sentado llamara tanto la atención.

Reynald no se movió.

—¿Por qué no damos un paseo? —dijo él en cambio, mirándola fijamente.

Marian le devolvió la mirada sin vacilar.

—Aún estoy desayunando.

—Diría que prácticamente ha acabado.

Los dos echaron una ojeada a la taza casi vacía y al trozo de tostada que había quedado olvidado en el plato.

—¡Oh, de acuerdo! —accedió de mala gana, apartando la taza a un lado y se levantó con lentitud, volviendo a alisarse la falda y recogió el bolso de la mesa, haciendo un rápido cabeceo a la camarera antes de salir del establecimiento sin esperar a que Reynald la siguiera.

CAPITULO 5

En la calle, los dos se movieron a varios centímetros de distancia. Reynald no se dio prisa por alcanzarla y Marian se negó a ser la que cediera y se diera la vuelta para hablar primero. ¿No era él quien estaba enfadado? ¡Hasta se había dado la molestia de buscarla y seguirla!

—¿Puede esperar un momento?

Marian se detuvo bruscamente y se giró sorprendida de escuchar la voz de Reynald tras sus momentáneas cavilaciones sobre la presencia de ese hombre.

—¿Qué...?

Reynald la estaba mirando mientras sacaba el teléfono del bolsillo y se lo llevaba a la oreja sin dejar de mirarla con una extraña expresión mientras consultaba el reloj de la muñeca. Marian contuvo la respiración por un momento y todo el enfado que había sentido hacía unos segundos se disipó completamente. Ese hombre sabía como nublar todos sus sentidos.

Y Marian se sorprendió dándose cuenta que no le importaba.

—Sí, de acuerdo —dijo él prestando toda la atención a la llamada aunque sus ojos seguían clavados en ella, incomodándola—. Déjalo pendiente para el próximo día. Sí.

Marian escuchó hablar a Reynald mientras trataba de distraerse, escabullirse de la atenta mirada del hombre y observó el escaparate de una tienda de complementos, curioseando un bolso de color azul oscuro que se encontraba en medio de dos fulares.

—Es muy bonito —dijo la voz sensual de Reynald a su espalda.

Marian no se movió pero notó como todo el vello de su cuerpo se erizaba. El reflejo de los cristales del escaparate mostraban a Reynald inclinado sobre ella, con la cabeza casi apoyada en su hombro y su cabello

rozándole casi la cara.

—Lo es —dijo suavemente, notando como había estado conteniendo la respiración.

Era ridículo sentirse tan trastornada por la cercanía de un hombre, por su sola presencia cuando estaba muy acostumbrada a tratar con hombres, padres jóvenes que en esa época dedicaban el mismo tiempo a sus hijos que las madres. También había tenido diversas relaciones, pero nunca se había sentido tan emocionada y perturbada por un hombre antes.

—¿Lo quiere?

—¿Cree que el sueldo de una maestra da para ese tipo de caprichillos?

Y más si era de marca.

—Tendrá dinero suficiente con la venta de la casa.

Marian miró el reflejo del hombre tras los cristales. Desde donde se encontraba podía percibir el aroma de su colonia. Era enervante su proximidad. Tal vez lo que le resultaba tan inquietante era la manera que su cuerpo reaccionaba. Era atracción. Era deseo sexual... fuera lo que fuera conseguía menguar su capacidad de raciocinio y eso la asustaba con la misma intensidad que la excitaba.

Con un disimulado movimiento, Marian se echó hacia su derecha, tratando de poner un poco de espacio entre los dos aunque no dejó ningún momento de mirarlo a través de los cristales.

—No he dicho aún que vaya a vendérsela.

—Creía que teníamos un acuerdo.

—Lo teníamos —aceptó ella sin apartar la mirada del reflejo. Reynald también levantó la mirada hasta los cristales del escaparate para coincidir con los de ella—. Aunque ya no estoy tan segura.

Una sonrisa se dibujó en sus labios a través del cristal pero Marian no consiguió distinguir la expresión que tenía en ese momento. Ni siquiera volvió a moverse cuando él salvó la pequeña distancia que ella había puesto entre los dos hacía unos minutos.

—Siempre consigo lo que deseo.

—¿Me está amenazando?

—En absoluto —aseguró él con voz suave cerca de su oído. Marian no intentó apartarlo aún. Le gustaba esa sensación que él le provocaba—. No es esa mi intención.

—A mí me lo había parecido.

Reynald rió suavemente.

—¿Tiene algo que hacer hoy?

La pregunta la tomó desprevenida y Marian frunció el ceño desconfiada.

—¿Por qué?

—¿Por qué no me concede el día de hoy?

El ceño de Marian se acentuó. Hacía tiempo que había dejado de mirar lo que había al otro lado del escaparate.

—¿Qué pretende con eso?

—¿Qué le hace pensar que pretendo algo más que disfrutar de su compañía?

Marian ignoró las sensaciones que le recorrieron en ese momento por todo el cuerpo y se giró para mirar directamente a Reynald.

—¡No me diga! —soltó nada dispuesta a ceder a sus instintos.

Reynald rió y su risa fue fresca y agradable. Marian se obligó a sonreír.

—Sólo es un día. Así podré convencerla para que me venda a mí la casa.

—No sé de donde proviene tanta confianza de que podría conseguirlo si he decidido no vendérsela.

Él se encogió elegantemente de hombros.

—Tengo tácticas —sonrió.

Marian bufó divertida.

—Eso ya suena más a arrogancia.

—¿Entonces por qué no lo compruebas?

Marian sacudió la cabeza y lo pensó un momento, después asintió despacio con la cabeza.

—Está bien —accedió.

Reynald observó alejarse a Marian con pasos lentos, mirando hacia los escaparates mientras esperaba que él la siguiera. Despacio, entrecerró los ojos, caminando despacio detrás de ella, observando su delgada y bien formada silueta que se dibujaba bajo la ropa. Era una mujer hermosa, atractiva e inteligente. No negaría que le gustaba.

Había decidido dos cosas; y siempre conseguía lo que se proponía. En ese día tendría los papeles de la compra de la casa y a esa mujer entre sus brazos.

CAPITULO 6

Marian miró a Reynald al otro lado del jardín que reía animado con varios niños pegados a sus pies y después volvió a prestar atención a la mujer que tenía frente a ella, mirándola con interés.

De todas las cosas que podían haber pasado al encontrarse deambulando con un hombre como aquel, nunca se la había pasado por la cabeza que terminaría lidiando con la refinada y bonita madre del hombre y gran parte de su sofisticada y rica familia.

¡Para esas cosas deben preparar a una y con varios días de antelación si es posible!

—¿Me acompaña a un sitio? —Había preguntado él con una mirada inocente en la que Marian no había leído entre líneas.

Ya que iban a pasar el día juntos, Marian no había tenido ningún inconveniente en acompañarlo a ese lugar del que Reynald había hablado, pero comenzó a preocuparse cuando el hombre se detuvo frente a una pastelería y se quedó embelesado mirando el escaparate.

—Sé que no es muy ortodoxo hablar de negocios en una fiesta de cumpleaños, pero si no tiene ningún inconveniente, agradecería que me acompañase.

—¿Fiesta de cumpleaños? —se alarmó Marian, siguiéndolo rápidamente al interior de la pastelería—. ¿Es hoy su cumpleaños?

—No, en absoluto.

Marian entró con avidez y miró en busca de algo, pero para su decepción, en la pastelería no se estaba celebrando ninguna fiesta de cumpleaños. Por un momento, Marian había creído que se encontraría con algún pariente o amigo de aquel hombre. No iba a negarlo. Sentía mucha curiosidad por él pero era igual que la atracción que sentía hacia él. No podía evitarlo. Pero la tienda

estaba prácticamente vacía a excepción de una mesa redonda al fondo donde se encontraban unas señoras de edad avanzada tomando algo en unas tacitas blancas, con los platos vacíos y hablando todas a la vez. Reynald se dirigió directamente al mostrador y saludó a la señora del otro lado que acudió rápidamente a atenderlos, pidió algunos pasteles al azar y se giró hacia ella

—¿Qué le gusta?

Marian pilló la pregunta por sorpresa.

—¿A mí?

—Si va a venir conmigo, al menos podrá escoger algo que le guste.

—¿Qué...?

—Un pastel, ¿No le gustan los dulces?

Marian volvió a titubear.

—Sí, bueno, supongo.

—¿Supone?

Reynald ladeó la cabeza con un movimiento que a Marian se le antojó demasiado sensual y se odió por sonrojarse una vez más, segura que la acumulación de sangre en la cabeza la estaba produciendo una progresiva disfunción de sus habilidades ingeniosas. Sí, era eso. No podía haber otra excusa para su incapacidad de comportarse todo lo locuaz que le gustaría y no seguir pareciendo un pato mareado.

Al menos no delante de él.

—No suelo comer muchos —admitió girando el cuello.

Marian echó un vistazo a la vitrina de la cámara y revisó los dulces del otro lado, frunciendo demasiadas veces el ceño al apreciar que la mayoría de los dulces estaban rellenos de nata.

—¿Está a dieta? —se interesó Reynald tras unos minutos.

—No —Marian no se molestó en levantar la cabeza al darse cuenta que había inclinado la espalda para mirar mejor.

—Si ese es el caso —intervino la dependienta—, tenemos unas pastas bajas en grasa y sin azúcares...

—No estoy a dieta —repitió Marian un poco bruscamente, enderezándose completamente—. Soy delgada de constitución —añadió sin saber muy bien por qué.

—Suerte que tiene —aseguró la dependienta con un suspiro y luego sonrió a Reynald—. Su marido no tendrá que sufrir las estrictas dietas compartidas que están tan de moda últimamente.

—No estamos casados —dijo ella automáticamente sin esperar a que Reynald respondiera y sin atreverse a girar el cuello para mirarlo.

La dependienta no perdió la sonrisa aunque sí la miró con más curiosidad por culpa de su rápida y brusca respuesta.

—Oh, bueno, su pareja.

—Tampoco...

—Sólo tenemos una relación profesional —intervino Reynald a su espalda, sin tocarla tan siquiera—. Por ahora —añadió, obligándola a girarse para lanzarle una mirada de reproche a la que él respondió con una sonrisa que iluminó su atractivo rostro y un guiño.

—Siento haber metido la pata —se disculpó la dependiente con una risa nerviosa.

—No se preocupe —dijo Marian más relajada.

—¿Entonces? ¿Ha decidido si quiere algo? —cambió de tema el hombre.

—¿No hay nada que le guste? —continuó la dependienta.

—Es sólo que no me gusta la nata.

—Ah. En ese caso tenemos algo con crema y trufa...

La mujer le señaló varios de los dulces y Marian terminó indicándole unos sustanciosos pastelillos de crema que se encontraban al fondo de la vitrina, dándose cuenta sólo cuando salieron del establecimiento con los pasteles y hablando familiarmente sobre los gustos sobre comida, que se había dejado arrastrar incomprensiblemente por aquel hombre.

Aunque, pese a saberlo, siguió permitiéndolo. Tal vez había sentido curiosidad por saber hasta donde podía llegar todo aquello... y eso era lo que

la había llevado hasta esa situación, sin olvidar la pertinente visita a dos tiendas para buscar un regalo adecuado que, si bien Reynald le había pedido consejo y se había dejado asesorar, era evidente que lo que él había entendido y comprado como un regalo adecuado, no era exactamente lo que ella tenía en mente. O dinero capaz de desperdiciar para gastar aquella suma en un simple collar. Por muchos diamantes que pudiera tener. Aunque reconoció de mala gana que era bonito.

—¿Y cómo se han conocido?

Marian sonrió sin atreverse a llevarse a los labios la copa de champagne con la que esa gente saludaba a los invitados de una fiesta de cumpleaños, no muy segura si el protocolo con la clase emparentada con la realeza permitía una acción así o eso era parte sólo de la plebe donde Marian, muy de mala gana, reconocía pertenecer.

Ni siquiera recordaba el nombre de la madre de Reynald, aunque siempre podía usar el tratamiento de señora Oswen si se veía en la obligación de tener que llamarla de alguna manera. En realidad dudaba que fuera a acordarse de ninguno de los nombres de los reunidos a quienes Reynald le había ido presentando. La sensación abrumadora de tanta mirada de sorpresa y vistazos con un cortés disimulo, habían conseguido marearla lo suficiente para querer salir corriendo. Al menos la dignidad le había hecho mantenerse firme y en su sitio, evitando la bochornosa situación de salir de la gran mansión, o del impresionante jardín donde un ama de llaves les había conducido al verlos llegar.

—No nos conocemos —dijo sinceramente, tratando de ahorrarse dar toda la explicación de por qué se encontraba en la fiesta con Reynald.

La mujer levantó la copa y dio un sorbito al líquido de la copa y Marian la observó hacerlo. ¿Así que después de todo no era algo que no se pudiera hacer? Pero no se llevó la copa rápidamente a los labios, procurando no parecer que estaba imitando a la mujer de elegantes movimientos.

—¿Mi hijo ha venido a la fiesta de su hermana con una mujer que no

conoce? —la mujer parecía escéptica—. Pensaba que ese comportamiento era más propio de Dennis, no de Reynald.

—Tampoco es lo que parece —añadió Marian algo culpable e increíblemente abochornada por el significado que podía darle a esas palabras—. Estamos haciendo negocios y me ha invitado a la fiesta.

Era algo parecido, no exacto, pero resumía muy diplomáticamente la relación que tenía con Reynald Oswen.

—¡Oh! —Por algún motivo la señora Oswen pareció decepcionada y se llevó otra vez la copa a los labios—. ¿Así que es eso?

Decepcionada o incrédula. Marian no fue capaz de distinguirlo pero tampoco deseó darle demasiadas vueltas o el alcohol que aún no había ingerido se le subiría misteriosamente a la cabeza.

—Sí, siento haber venido a importunar.

—No hay nada por lo que disculparse. Si Reynald la ha traído a la fiesta de Sindy es por algo; así que por favor, siéntase como en casa.

—Muchas gracias.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Para sentirse como en su casa, Marian necesitaba encontrarse en su ambiente, con cómodas pantuflas ocre en los pies en lugar de los molestos botines de medio tacón que comenzaban a destrozarle los dedos de los pies, un grotesco y nada presentable pijama ancho que ahora descansaría sobre la cama sin hacer de su pequeño piso de una sola habitación. Eran pequeños detalles pero eran los que hacían de su entorno algo único, y no necesitaba mirar mucho a su alrededor para darse cuenta que ella no pertenecía a aquel lugar.

En cuanto la madre de Reynald se apartó un momento a saludar a unos invitados que acababan de llegar, Marian aprovechó para llevarse la copa a los labios y bebió el contenido de un trago, dejándola inmediatamente después sobre una de las largas mesas con manteles blancos que la rodeaban y creaban un semicírculo alrededor de la puerta trasera de la mansión y recogió otra de las copas aún llenas que seguían sobre ellas junto a canapés y pastelillos. Si

no recordaba mal, habían dejado los pasteles que ellos habían traído sobre alguna de las mesas...

—¿Se divierte?

Marian se giró y miró a Reynald. Se había acercado a ella e, inclinando el cuerpo hacia delante, cogió una de las copas, rozando su cuerpo con el de ella de manera intencionada.

—Aún no estoy segura —dijo, tragando lo último que quedaba de su segunda copa. La dejó sobre la mesa y cogió una nueva, añadiendo en esta ocasión uno de los pastelillos de crema que había comprado con Reynald. Lo mordisqueó y saboreó el dulce antes de volver a mirar al hombre que la observaba sin ninguna emoción.

Marian admitía que era difícil saber qué estaba pensando por lo general aquel hombre y que la curiosidad sobre él más que disminuir, aumentaba a medida que pasaban las horas, pero mantuvo su curiosidad fuertemente sellada y controlada.

Al menos lo intentaba.

—¿Y cuánto tiempo tardará en saber si se divierte o no?

La pregunta de Reynald no tenía ninguna emoción o, al menos, ella no notó ninguna, pero la sonrisa que añadió al hacerla, hizo que Marian también sonriera, sintiendo los fuertes efectos del alcohol en el cuerpo y se encogió de hombros.

—Puede que cuando me vaya aún no me haya dado cuenta de si me divierto o no. ¿Un brindis?

Marian levantó la copa y Reynald tardó en golpear la suya a la de ella.

—¿Por qué quiere brindar?

Marian volvió a encogerse de hombros.

—Por el año más de tu hermana. Por nuestro encuentro...

—¿Cree que hay que celebrar nuestro encuentro?

—¿Por qué no? —soltó ella, dando un golpecito más con la copa y se bebió el champagne de un trago—. Por la vida, por un hoy y un mañana, ¿qué

más da?

—¿No cree que debería dejar de beber? —preguntó Reynald agarrando la copa que ella ya estaba cogiendo de la mesa—. Es seguro que no conseguirá recordar si se divierte o no si está borracha.

—Tonterías —aseguró ella, apartando la mano de Reynald y sonrió levantando la copa en alto triunfal de haberla conseguido y se la llevó a los labios—. Hay algo que se me ha olvidado comentarle.

Reynald entrecerró los ojos, visiblemente a la defensiva.

—¿Y qué es?

—Odio las reuniones familiares —reconoció con una nota amarga en la voz.

Sí, las odiaba desde que había perdido a toda su familia y lo más parecido que recordaba ahora de una era su trabajo.

Marian tragó todo el contenido de la copa.

—De acuerdo —escuchó la voz de Reynald cerca de ella, acariciándole la mano mientras le quitaba la copa—. Ya hemos tenido suficiente de esto.

CAPITULO 7

Marian abrió los ojos lentamente y parpadeó varias veces antes de acostumbrarse a la poca claridad que había dentro de la habitación. Se encontraba en casa; en la casa que había sido de sus padres, más exactamente en la habitación que había sido suya mientras sus padres habían vivido y que había pasado la noche anterior.

Apartó las sábanas con cuidado, tratando que la cabeza no comenzara a darle más vueltas de las que ya le daba y se llevó una mano a la nuca, maldiciendo por haber bebido tanto cuando por lo general no pasaba de las dos cervezas cuando salía con los compañeros de trabajo o los amigos.

—¿Está despierta?

Marian giró el cuello bruscamente y miró la silueta oscura que había sentada al lado de la ventana. Por un momento, se quedó rígida del miedo pero poco a poco se dio cuenta que no era otra figura que la de Reynald Oswen.

—Señor Oswen... —murmuró con voz ronca.

Sentía la garganta y la boca seca y en ese momento Marian hubiera deseado darse una ducha más que otra cosa. Aún llevaba la ropa puesta pero los botines descansaban bien colocados a un lado de la cama.

—Le advertí que estaba bebiendo mucho —dijo él con voz seca.

Marian sonrió mientras se sentaba en la cama y recogía los botines para ajustárselos a los pies. No entraba dentro de sus opciones caminar descalza por aquel suelo, aunque hubiera preferido evitar volver a ponerse aquel calzado. Aún podía notar los dedos resentidos.

—No acostumbro a hacer mucho caso a lo que me dicen, señor Oswen.

Reynald giró la cabeza para mirarla pero no cambió la postura que mantenía, sentado en una silla que ahora que Marian se fijaba, parecía que era una de las que rodeaban la mesa de la cocina, aunque no estaba muy segura a

esa distancia, pero si lo era, Reynald debía haber ido a buscarla para subirla y sentarse frente a la ventana de su habitación, la zona más alejada de la cama donde la había dejado a ella. ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo mientras él la había estado velando? Era agradable la idea, aunque un poco inquietante.

—¿Y le funcionan bien las cosas con esa política?

—Hasta ahora sí. Debería probar a tratar con niños de cuatro y cinco años, señor Oswen. Si hiciera caso a todo lo que me dicen o quieren hacer, hace tiempo que hubiera perdido mi puesto de trabajo —O posiblemente algo peor, pero hacía tiempo que ella no tenía ese espíritu infantil del que muchas personas adultas hablaban. Entre algunas cosas de las que odiaba, como las fiestas de cumpleaños familiares, también incluía las navidades y fechas señaladas para compartir en familia. Incluso había comenzado a odiar la propia fecha de nacimiento. ¿Dónde quedaba su espíritu infantil?

—¿Es duro su trabajo?

Marian se encogió de hombros, esperando a que se le pasara algo del mareo y las náuseas antes de levantarse y acercarse a la ventana. Las luces de la casa de al lado estaban encendidas y vio de refilón como alguien entraba en ese momento en la habitación que daba a esa misma ventana.

—No sé si duro es la palabra más correcta para definir mi trabajo.

Reynald la miró fijamente mientras se movía, sin volver a decir nada, esperando a que ella se detuviese frente a él y levantó la cabeza para seguir mirándola. La manera que sus ojos brillaban mientras la devoraba hacía que Marian quisiera perder completamente el control, pero hizo un esfuerzo para apartar la mirada y giró el cuello, echando un nuevo vistazo a la casa de al lado.

Al principio no se dio cuenta. Sólo se fijó que la misma mujer que había visto la noche anterior tocaba algo sobre la cama y percibió que la niña estaba también en el cuarto. No le dio mayor importancia. Desvió la cabeza y prestó atención al cielo que se veía por encima de sus cabezas. Era agradable ver un cielo tan despejado. Cuando volvió a bajar la mirada sintió que estaba viendo

algo que no debía ver. La mujer estaba llorando con la cara enterrada en las manos mientras la niña dormía sobre la cama que estaba sentada.

—Necesito esta casa.

La voz de Reynald la sacó del ensimismamiento que la escena la había producido, devolviéndola a la realidad bruscamente y se tragó lo que había pasado por su mente decir en ese momento. Al fin y al cabo ella no era nadie para meterse en asuntos ajenos y posiblemente Reynald le dijera algo así si le señalaba lo que estaba ocurriendo en la casa de al lado. Sólo eran sospechas, por supuesto, pero no solía equivocarse.

—Dije que se la vendería —aceptó ella vacilando.

Sus ojos volvieron a clavarse en la ventana de al lado y apretó las manos. ¡Oh, vaya! ¿No había decidido desconectar al fin? ¿No había decidido vender la casa y dejar atrás esos dolorosos recuerdos? ¿Cambiaba algo que la vecina que hubiera tenido al lado si sus padres estuvieran vivos tuviera problemas? Ella no era un héroe ni quería serlo.

—¿Pero por qué la quiere?

—¿La casa?

Marian no giró el cuello para mirarlo esta vez.

—¿De qué estamos hablando?

—De la casa, por supuesto.

—Estoy segura que puede acceder a cualquier casa. Tiene el dinero y los medios para conseguirlo, ¿por qué un barrio como este? No tiene nada. Las casas llevan tiempo construidas, no son muy lujosas... perdona que se lo diga pero esto no es de su estilo; una casa como la de su madre es lo que parece más apropiada para usted.

No hubo una respuesta y Marian creyó que Reynald no le respondería, pero no tardó en escucharlo revolverse a su lado y se sorprendió al notar sus manos alrededor de su espalda.

—¿La ves?

Marian se sobresaltó al escuchar otra vez la voz de Reynald, muy cerca

de ella y siguió con la mirada fija en la ventana de la casa de al lado. La mujer se había levantado y parecía estar buscando algo con desesperación.

—¿A la mujer?

—Sí.

La niña se acababa de despertar.

—¿Y qué si los veo?

—Es por eso que estoy aquí.

Aquello la sorprendió.

—¿Los conoces?

Hubo un nuevo silencio en el que Marian se estremeció al notar las manos de Reynald deslizándose hasta su cintura. No trató de detenerlo. En el fondo quería que continuase, como si su cuerpo hubiera estado esperando eso desde el momento que lo había conocido.

—Hace unos meses una amiga me pidió que buscara a su hermana. Hacía unos años que se había casado y habían perdido todo el contacto pero un día hace menos de un año recibió una extraña llamada de su hermana, pidiendo ayuda. Prometí que mientras ella se iba a Tailandia durante dos años por negocios, yo me encargaría de encontrar y ayudar a su hermana si lo necesitaba. Ha pasado más de medio año y aún no he hecho más que contratar a un detective para que la encontrase y de eso hace más de dos meses —Hizo una pausa en la que su voz iba perdiendo intensidad aunque lo ganaba en dureza, pero Marian sólo estaba pendiente en las manos que se habían detenido en su cadera.

Reynald se había acomodado a su espalda y podía sentir a esa distancia su aroma y su proximidad, su cuerpo prácticamente pegado al de ella.

—¿Y...? —se obligó a preguntar.

—En los informes había una explicación detallada de la situación de Amy, pero ni siquiera los había leído hasta hace unos días, cuando mi amiga llamó para preguntar por su hermana. Pensé que sería más fácil encontrar una casa libre por esta zona, pero sólo esta casa estaba a la venta y la necesito.

Marian asintió en silencio.

—¿Es ella?

—Lo es.

Los dos miraron al otro lado de la ventana. La mujer se había acercado a la cama para abrazar a la niña y las dos se tumbaron en la cama. Durante unos minutos no hubo ningún cambio, ni entre sus vecinos, ni entre ellos, permaneciendo uno al lado del otro. Marian seguía escuchando la respiración de Reynald sobre su nuca y su cuello, el movimiento de su pecho, subiendo y bajando despacio, al ritmo de su respiración. Su proximidad era enervante y cada segundo que pasaba hacía que ella lo deseara un poco más. Quería que sus manos, fuertes y grandes, recorrieran cada uno de los huecos de su piel, que la acariciaran, que la hicieran arder de placer.

Y le daba igual que ese deseo fuera por un hombre que posiblemente no volviera a ver cuando firmasen los papeles de la casa.

Marian miró como la mujer de la casa de al lado se incorporaba un poco y estiraba el brazo para apagar la luz, dejando la habitación y la casa en penumbras, haciendo que la propia estancia en la que ellos se encontraban pareciera más oscura y silenciosa, intensificando en sus oídos las respiraciones y el fuerte latido de su corazón.

—¿Y qué piensa hacer? —logró decir humedeciéndose los labios con la lengua.

—¿Ahora?

La voz ronca de Reynald hizo que se estremeciera, aceptando los labios del hombre cuando descendieron hasta sus hombros y los besó, apartando su camisa con una de las manos que apartó de sus caderas.

—Sí.

Reynald se movía con cuidado y Marian quiso creer que lo hacía para dejarla decidir sobre aquello, concediéndole la oportunidad de apartarlo y zanjarse lo que estaba ocurriendo en ese momento, lo que iba a ocurrir, pero ella no se movió al principio, después levantó la mano para pasarla por la cabeza

de Reynald y se movió, girando el cuerpo para ponerse frente a él.

Los dos se miraron un momento, o eso le pareció a ella en aquella oscuridad, pero sí notó como Reynald bajaba la cabeza y apretó sus labios a los suyos, besándola, explorando su boca mientras la conducía a la cama y la tumbaba sobre ella, poniéndose encima.

—Sabes lo que voy a hacer ahora.

Hábilmente, las manos de Reynald se deslizaron dentro de su falda, levantándola hasta su cintura y le separó las piernas con delicadeza, sin dejar de besarla, sin dejar de recorrer su barbilla, su cuello y sus hombros con los labios, apartándose sólo el momento que tardó ella en desprenderse de la camisa y él se aferró a sus pechos, pellizcándolos suavemente antes de hundir los labios en ellos.

Marian se aferró a la espalda de Reynald, apretando sus manos en ella mientras entrelazaba sus piernas desnudas a la cintura del hombre, esperando impaciente, sintiendo el miembro duro pegado a su sexo con la única barrera entre ellos de sus finas braguitas.

Las manos de ella se deslizaron con cuidado entre sus piernas y apretó despacio el sexo de Reynald entre sus manos, arrancándole un jadeo.

—Lo quiero ahora —dijo ella, obligándolo a levantar la mirada hasta encontrarse con sus ojos.

Los dos respiraban agitadamente y Marian creyó ver deseo en el brillo de los ojos de él y las ganas de sentirse dentro de ella.

Reynald sonrió.

—Como quieras, preciosa.

Marian ahogó un jadeo cuando él bajó sus braguitas y exploró con el dedo dentro de ellas, preparándola antes de penetrarla y hundirse en ella suavemente. Marian gritó y se aferró a él con más fuerza, apretándole con más intensidad en cada embestida, uniéndose a los jadeos y gruñidos hasta alcanzar el clímax y llenarse de él.

Reynald la besó repetidas veces en los labios antes de apartarse de ella,

tumbándose a su lado y besándole el hombro mientras la recostaba en su pecho y le acariciaba el pelo. Los dos respiraban agitadamente y Marian pasó los brazos por la cintura de Reynald, escuchando los desbocados latidos del corazón de ese hombre mientras sonreía satisfecha.

—¿Qué planeas hacer?

Hubo un silencio perturbador. Marian descartaba la posibilidad de que Reynald se hubiera quedado dormido pero pensó en romper ese silencio para explicar que no se estaba refiriendo a lo que acababa de pasar entre ellos. Había sido una noche. No esperaba nada más de él. Aparte del hecho de que lo había deseado desde el primer momento que había puesto los ojos en él, no conocía mucho más de él. Sin contar que ya conocía a parte de su familia y que era extremadamente rico. Al menos su familia lo era y eso ya lo convertía a él en rico. ¿Y si estaba casado? No. Imposible. ¿Existía algún hombre que llevara a una mujer a una fiesta familiar si se estaba casado? Aunque no hubiera nada entre ellos siempre se podía malinterpretar.

—No me refiero a...

—Aún no lo sé —la interrumpió él como si hubiera estado esperando ese momento para hablar.

Marian asintió con la cabeza.

—Me refiero a lo de la hermana de tu amiga. La vecina.

Tal vez no había necesidad de aclararlo, pero prefirió explicarlo. La manera que Reynald aún la acariciaba era agradable, demasiado agradable y cualquier persona podía hacerse una idea equivocada. No. Nadie podía hacerse una idea equivocada. Acababan de tener sexo, sólo se dejaban llevar por el momento y el ambiente.

—Yo también estaba hablando de eso.

No había emoción en su voz y Marian tampoco la había esperado pero, ¿por qué sentía ese absurdo vacío en su pecho?

CAPITULO 8

Cuando despertó ya había amanecido completamente. Marian se levantó y se acercó automáticamente a la ventana. Las cortinas estaban corridas y no parecía haber movimiento en el interior. Somnolienta, miró a su alrededor. La silla seguía a un lado de la ventana pero no había ningún indicio de la presencia de Reynald por los alrededores.

—Es lo normal.

Marian suspiró. ¿Y si había perdido la oportunidad de conseguir una buena venta por lo ocurrido? Se acercó a la puerta y dio un grito cuando vio a Reynald saliendo de la habitación de al lado con la ropa manchada y secándose las manos con un trapo.

—¿Qué ocurre?

Los dos se miraron sorprendidos, aunque Marian suponía que no estaban sorprendidos por el mismo motivo. Ella, al menos, no había esperado volver a verlo. Ya sabía donde estaba la hermana de su amiga, ¿por qué seguía allí?

Marian apartó la mirada y carraspeó disimuladamente.

—¿Qué es lo que ha pasado? —Señaló las manchas de la ropa. Estaba segura de que aquel sí debía ser un traje bastante caro y posiblemente algunas de aquellas manchas no salieran de la tela.

—No funcionaba el agua —dijo tranquilamente, señalando el baño con la cabeza—. Aunque olvídate del agua caliente.

Sonrió y por un momento la observó. A Marian le pareció que dudaba sobre algo, pero finalmente decidió pasar de largo y comenzó a bajar las escaleras.

—Guapo, rico y manitas —dijo ella en un susurro, abriendo la puerta del cuarto de baño con un empujón y volvió a sentir la vergüenza de que alguien viera la casa en ese estado—. Genial.

—Cuando termines, baja al salón. Te esperaré aquí.

Marian puso mala cara.

—Ya actúa como si fuera su casa.

Una vez estuvo lo que Marian consideró suficientemente aseada y bastante más congelada que antes de entrar al cuarto de baño, se vistió con unos pantalones vaqueros y una camiseta corta con una coqueta puntilla en los extremos. Después se puso por encima una chaqueta larga de lana y bajó a la primera planta, buscando a Reynald. Primero echó un rápido vistazo al vestíbulo y luego entró al salón comprobando que no estaba allí y con un poco más de prisa pasó a la cocina, advirtiendo que al menos dentro de la casa no estaba.

Marian echó un vistazo a la precariedad de la cocina con otro malestar e hizo una mueca antes de salir de la estancia y pasó al jardín donde se encontraba el coche de Reynald aparcado junto al suyo. Antes de ir a la casa de sus padres al cumpleaños, Marian había insistido en pasarse por la casa para dejar su coche y evitar tener que buscarse un medio de transporte en algún momento para ir a buscar el vehículo al centro.

—¿Reynald? —llamó en voz tan baja que dudaba que alguien la hubiera oído y rodeó la casa, agradeciendo haber optado por unas cómodas zapatillas para no arrepentirse de estar andando por las salvajes plantas que habían crecido en el ya olvidado querido jardín de su padre. Aún lo recordaba podando y cortando las malas hierbas con tanto mimo que parecían ser parte de su familia.

Cuando finalmente lo vio, Reynald se encontraba en la parte de atrás de la casa y miraba con cierto disimulo a la casa de al lado. Marian se acercó a él sin hacer ruido pero era bastante difícil con toda la maleza que tenía que recorrer para llegar a él.

—¿La has visto?

—Hace un par de minutos que han salido de la casa. Madre e hija.

—Hay un hombre viviendo con ellas —se obligó a informar deteniéndose

a su lado y mirando hacia la misma dirección que él miraba.

Reynald la miró.

—¿Lo has visto?

—La noche que llegué —dijo—, pero no he estado mucho tiempo en casa desde ese momento.

Reynald la miró un poco más hasta hacerla incomodar y luego sonrió.

—Lo dices como si fuera mi culpa.

Habían pasado del trato cortés a uno más informal. Era agradable. Incluso aunque fuera la consecuencia de una sesión de sexo.

—Es tu culpa.

—¿Lo siento?

No había ni una pizca de remordimientos en la expresión de Reynald.

—Olvidalo.

Los dos rieron y Reynald pasó un brazo por su pequeña espalda, acercándola a él.

—¿Qué es lo que harás?

Reynald se encogió de hombros. Su expresión se había vuelto dura y su mirada volvió a clavarse en la fachada de la casa.

—No lo sé. Por ahora observaré. Igual no hay nada que tenga que hacer.

—Parece que no se llevan muy bien.

No debía meterse, no era algo que tuviera algo que ver con ella y mucho menos comprendía la situación... sí, eso era lo que había pensado en su momento pero desde el principio le había costado girar la cabeza y fingir que no había pasado nada, que no pasaba nada.

—Todas las parejas tienen problemas.

Marian lo miró pero no se apartó de él.

—Ayer no parecías opinar de la misma manera.

—No sé lo que haré —repitió—. No conozco las circunstancias y tampoco soy un familiar. Es Johanna quien tendrá que intervenir, no yo. Me

limitaré a observar lo que sucede y se lo diré. También sería buena idea que las dos hermanas hicieran las paces.

—¿Están enfadadas?

—Johanna nunca aprobó el matrimonio. Eso hizo que hubiera muchos roces entre ellas y al final una cosa llevó a la otra y cuando se dieron cuenta ya no se hablaban.

—Suele ocurrir —aceptó Marian con tristeza—. Pero a mí me hubiera gustado tener una hermana, incluso para poder pelearme con ella. Siempre queda la opción de la reconciliación. Si no se tiene nada siempre será así.

—¿No tienes familia?

—Alguna tía o prima. Pero viven lejos y las veo una vez cada varios años —Marian se apartó el pelo de la cara. Se había olvidado recogerse al salir de la ducha. Le gustaba el pelo largo y siempre lo había llevado así pero admitía que no era muy práctico.

—Lo siento —La mano de Reynald se apretó con más fuerza y Marian agradeció ese intento de reconfortarla—. No puedo imaginarme esa situación. Mi familia siempre ha sido muy grande, al punto de ser a veces molesta.

—Me pareció muy agradable.

Reynald sonrió burlón.

—Claro, ¿por eso te emborrachaste?

—¡Eh! Eso es un golpe bajo —protestó con una sonrisa.

—No lo es.

—Además, lo digo en serio. Me gustó tu familia.

Que no le gustasen las reuniones familiares, aunque éstas no fueran su familia, no tenía nada que ver. Eran dos cosas diferentes.

—¿Quieres quedarte la mía?

—¿Se puede firmar un contrato? Incluso haría el intercambio por la casa.

Reynald se echó a reír aunque no había burla en ella.

—No todo es bueno.

—Ni todo malo, ¿verdad?

Reynald asintió con la cabeza, débilmente, después la agarró por los hombros y la hizo girarse para mirarlo.

—Es cierto —dijo muy serio—. No todo es malo.

Y como si quisiera hacerla olvidar o, al menos, aliviar su tristeza, la besó, apretando sus manos en su espalda para atraerla a él.

—Por cierto —murmuró Marian cuando él la liberó, manteniendo las manos entre su cuello. Los dos se miraron y Marian creyó leer en ellos que deseaba algo más que un solo beso—. Creo que no voy a vender la casa por ahora.

—¿Qué?

La alarma impresa en el tono de Reynald y la manera que la soltó hizo que Marian recapacitara sobre la manera de explicárselo. Levantó una mano y trató de apaciguarlo igual que lo hacía cuando se acercaba a un niño con un ataque de rabia. La expresión de Reynald no era muy diferente. Estaba enfadado y Marian creyó ver que también se sentía engañado.

—Espera —dijo con voz tranquilizadora, dándose cuenta de que Reynald se apartaba de ella—. Deja que me explique.

—Creo que está todo dicho.

—No. Espera. Déjame hablar. Puedes quedarte con la casa.

Reynald la miró como si de pronto se hubiera vuelto loca; se cruzó de brazos y bufó.

—¿En qué quedamos?

Marian suspiró con fuerza. Al menos tenía su atención.

—Tú no quieres la casa.

—Sí la quiero.

Marian sacudió la cabeza y dio un paso hacia él.

—No. Tú quieres un lugar temporal para ayudar a una amiga.

—Pero dije que pagaría por tu casa el doble de lo que lo hará cualquier interesado por ella. Duplicaré la cifra sea cual sea.

Sí. Marian frunció el ceño molesta. No se había equivocado. Era

asquerosamente rico.

—No se trata de eso. Si voy a vender esta casa al menos quiero que sea a alguien que la quiera para vivir, que la cuide, que mime el jardín y cuide los detalles como lo hacían mis padres. Quiero que una familia sea feliz en esta casa como lo fui yo con mi familia.

Reynald la miró fijamente.

—Sabes que eso no son más que tonterías, ¿verdad?

Marian le devolvió la mirada desafiante e indignada. Sí, eran tonterías. Podían serlo. Pero esa era su casa y seguía pudiendo venderla a quien ella quisiera. Ella era quien ponía las reglas, no él.

—No todo es dinero, Reynald Oswen.

—Pensé que habíamos hablado de un acuerdo.

Marian apretó los labios. Comenzaba a arrepentirse de lo que iba a ofrecerle a aquel hombre.

—Esta tarde tengo que volver. Tengo que trabajar —dijo bruscamente—. Te dejaré las llaves de la casa y podrás quedarte en ella para lo que sea que quieras hacer —señaló con un movimiento indiferente de cabeza la casa que tenían enfrente—. No necesitas comprarla. Hablaré con la inmobiliaria y pararé todo este asunto. Mientras tú necesites la casa no la venderé. ¿No merecía la pena escucharme?

Reynald gruñó y desvió la mirada con una mueca; después levantó la cabeza hacia la casa de al lado, mirando directamente a la ventana.

—¿Estás segura que no prefieres que te la compre?

—Me basta con un gracias —soltó ella rudamente, molesta por la arrogancia que mostraba ese hombre.

—Gracias —soltó él de mal humor, sorprendiéndola de que al final hubiera sido tan fácil arrancarle esas palabras.

Marian sonrió.

CAPITULO 9

—No sabía que fuera tan importante para ti la casa de tus padres.

Marian se encogió de hombros indiferente, guardando en el asiento trasero del coche las carpetas y libros de dibujos que había usado y necesitaba trabajar para la próxima semana. Ya había hecho la maleta y la había guardado a la mañana en el maletero antes de acudir a la escuela.

—Tengo que atender allí algunos asuntos.

Marian miró a Max, una de sus amigas de universidad que también se había convertido en su compañera de trabajo. Se sentía un poco culpable por mantener tan oculto a Reynald pero por ahora no quería dar ninguna explicación sobre su existencia, lo que hacía en su casa y el indiscutible hecho de que semana tras semana a su lado comenzaba a enamorarse de él.

Poco a poco había ido conociéndolo, cada día un poco más mientras iba viendo como la coraza que ese hombre tenía alrededor de sí mismo iba cediendo ante ella, al igual que las ocasionales sesiones de sexo comenzaban a hacerse más frecuentes.

—¿Tan difícil está resultando vender la casa?

—Hmm.

Marian prefería no tener que tocar demasiado ese tema. Evitaba mentir y evitaba tener que hablar de él pero tratar de no hacer ninguna de las dos cosas era cada vez más difícil y las desconfiadas preguntas y miradas de sus amigos le hacían ver que el momento de decir algo, lo que fuera, estaba acercándose peligrosamente.

—¿Quieres que te acompañe? Tal vez pueda ayudarte.

—No —Marian sacó la cabeza del interior del coche y cerró la puerta de atrás con demasiada fuerza y se enfrentó a su amiga con una sonrisa, le dio un rápido abrazo y se metió rápidamente en el coche, arrancando mientras bajaba

la ventanilla completamente. Max la miraba con las cejas levantadas—. Puedo arreglármelas. De verdad. Nos vemos el lunes —Eché marcha atrás—. ¡Ah! Y gracias.

Durante todo el trayecto dejó que la música del reproductor invadiera todo el interior del coche y se permitió cantar alguna de las canciones que mejor se sabía hasta que vio a lo lejos el jardín de su casa.

El coche de Reynald estaba aparcado frente a la casa.

—Genial —murmuró, disminuyendo la velocidad y aparcando al lado del de él. Se bajó deprisa y corrió hasta la casa, abriendo con el juego original de llaves—. ¿Reynald?

—En la cocina.

Marian dejó el bolso sobre el perchero de madera que su padre había mandado construir cuando ella tenía cinco años y se acercó a la cocina, asomándose por la puerta mientras aspiraba el agradable aroma a comida.

Ese era otro gran misterio. Reynald cocinaba. Y era sorprendente viniendo de alguien tan asquerosamente rico como él y que se lo tenía demasiado creído, o que era tan arrogante como para que las ocasiones en las que reconocía un error o la culpa de algo o simplemente cedía ante algo, lo hacía con la cabeza girada y evitando mirar a nadie con una mueca de disgusto.

—Huele bien —admitió, poniéndose detrás de él para darle un beso en la mejilla.

—Espera a probarlo —rió Reynald, apartando la sartén—. ¿Qué tal la semana?

—Bien. Cansada. Los niños agotan mucho.

—Si te escucharas hablar... Pareces una anciana —rió.

Marian se acercó a la mesa y se sentó en una de las sillas, estirando los brazos sobre ella.

—Algunas veces me siento como una anciana —reconoció con un suspiro.

—Vamos, vamos.

Reynald dejó un plato delante de ella y Marian se enderezó, sentándose correctamente mientras dejaba que él la consintiera, sirviéndole la cena mientras hablaban sobre trabajo.

—¿Has averiguado algo sobre Amy?

Durante esas semanas en la casa, Reynald había averiguado algunas cosas sobre la mujer, aunque la mayoría de la información procedía de un detective privado que había contratado y que Marian solo había visto una vez.

Sabían que Amy sí era la hermana de Johanna, la amiga de Reynald. Estaba casada y tenía una niña de seis años llamada Sonia. Su marido, un hombre con un historial delictivo que arrastraba desde los quince años, aunque por lo general con delitos de menor importancia como algún robo con arma blanca sin heridos o alguna agresión, no era el dulce novio que le había hecho creer antes de que se escaparan y se casaran. Ahora trabajaba de comercial en una empresa de electrodomésticos y viajaba constantemente. Había tenido diversas amantes y en esos momentos se encontraba de viaje en Florida con una de ellas. Por lo que el detective había averiguado, los problemas comenzaron cuando Amy descubrió a una de esas amantes y lo amenazó con dejarlo y llevarse a la niña. Desde entonces discutían mucho pero como el marido pasaba poco tiempo en casa, no sabía hasta que grado habían llegado esas peleas, pero había rumores...

Marian no pasaba tanto tiempo en esa casa para haber comprobado nada. Había coincidido con Amy dos veces desde que estaba allí y la mujer intentaba evadir cualquier contacto con otros vecinos. La niña era bastante tímida y Amy la prohibía hablar con extraños. Pero de lo que Marian estaba segura era que aquella mujer no era feliz.

—No. Aún no ha vuelto el marido y las cosas están muy tranquilas.

—Si no volviese todo estaría arreglado.

Marian masticó con fuerza la ensalada. De alguna manera sentía simpatía por Amy y de alguna manera eso hacía que odiara a su marido, un hombre al

que ni conocía y que no quería ni ver. Llevaba tiempo viendo llorar a su vecina y cuanto más la conocía peor llevaba verla llorar sin hacer nada para ayudarla o consolarla.

—No creo que desaparezca sin más —dijo Reynald—. Si hubiera querido hacerlo, le hubiera dado el divorcio sin ningún problema como ella quería desde el principio.

—¿Pero por qué quiere mantenerla con él si no la quiere?

Reynald se encogió de hombros.

—Por arrogancia, por triunfo, por posesión —Volvió a encogerse de hombros—. Quien sabe.

—Menudo imbécil.

—Tienes razón.

—¿Y has conseguido hablar con ella?

—Uff —Reynald hizo una mueca—. Me evade. No, mejor dicho, huye de mí cada vez que me ve. Ya no espera ni a que me acerque. Parece estar en guardia nada más salir de casa. Tendrías que verla. En la puerta se pone a mirar a los alrededores para ver quien está cerca y si no me ve, sale corriendo, si estoy cerca, vuelve a meterse en casa antes de que me de tiempo a reaccionar —Se pasó una mano por el cabello, echándoselo hacia atrás y Marian apoyó una mano en la mesa, manteniendo la cabeza sobre ella mientras lo contemplaba—. Es tan frustrante.

—Parece mentira que una mujer huya de un hombre de tu especie —bromeó ella.

Reynald apartó la mano de su cabeza y la miró fijamente, añadiendo a su expresión una sonrisa perversa.

—¿De mi especie?

—Ricos, arrogantes y creídos.

—¿Eso piensas cuando me ves? —rió.

—Que va, que va —bromeó—. Cuando te veo lo que pienso es que eres condenadamente guapo.

—¿En serio piensas sólo eso cuando me ves?

—No —Marian se hizo la ofendida—. Cuando te veo pienso en la manera que quiero hacer el amor contigo hoy.

Reynald enarcó una ceja.

—¿Ya quieres pasar al postre?

—Hmm —Marian se relamió—. No suena mal.

Reynald soltó una carcajada y le tendió la mano hacia ella. Marian la miró un segundo antes de soltar el tenedor y aceptarla, levantándose para dejarse guiar por la mano de Reynald que la llevó directamente hacia él, sentándola en sus piernas.

—No sabía que fueras tan golosa —dijo él mientras introducía una mano por debajo de su jersey, acariciándole la espalda.

—¿Ah, no? —protestó ella, acercando sus labios a los de él—. Pensé que ya sabías que me encanta la crema.

—¿Me comparas con un pastelito de crema?

—¿Lo hago? —Marian pasó la lengua por la barbilla de Reynald, lamiéndole la piel hasta alcanzar los labios, besándole apasionadamente mientras sentía las manos de Reynald enredando con su sujetador y presionando sus pechos con los dedos.

—Lo haces —aseguró él intentando bajar sus pantalones—. ¡Cielos! Dichosos pantalones.

Marian se echó a reír.

—¿Necesitas ayuda?

Marian se apartó lo justo para desabrocharse los pantalones y se los bajó lentamente, sin dejar de mirarlo, sintiendo la ávida mirada de Reynald fija en ella, devorándola y se sintió hermosa, sin ningún pudor de mostrarse desnuda ante él y volvió a sentarse encima, besándolo una vez más.

Reynald le agarró con fuerza las nalgas, apretando su erección entre sus piernas, sin dejar de besarla, sin dejar de acariciarla hasta que se desabrochó los pantalones también, mostrando toda le envergadura de su pasión y Marian

lo acarició, incorporándose para sentarse sobre su sexo, permitiendo que la penetrara y gritó al sentir sus manos en sus hombros, dirigiéndola mientras ella se movía, besándola hasta que los dos alcanzaron el orgasmo y ella se abrazó a él, sintiéndolo dentro de ella antes de levantarse y buscar su ropa por el suelo.

—Pensé que estarías cansada del viaje —dijo él, levantándose también para volver a abrazarla y besarla.

—Tu cuerpo no parecía que estuviera teniendo la misma consideración.

—No es mi culpa que seas una mujer tan deseable.

—¿En serio?

Marian se puso de puntillas para alcanzar sus labios y lo besó.

—¿Sabes? Me alegra que contrataras aquella empresa para que hiciera toda esa limpieza a la casa.

—¿Ahora te alegras? Aquel día te pusiste como una fiera.

Marian puso los ojos en blanco. Sí, se había puesto furiosa de que después de que ella había estado hasta de rodillas tratando de limpiar o, al menos, de adecentar un poco la casa para que fuera lo más habitable posible, ese hombre se presentara en ella con un ejército de empleados profesionales que casi le habían dado una apariencia reformada.

Se había enfadado. Y mucho, pero no había sido capaz de permanecer mucho tiempo molesta.

—¡No necesitaba tu ayuda, maldita sea! —había gritado furiosa, encarándose a él mientras lo apartaba de un manotazo cuando él trató de acercarse a ella—. ¿No lo estaba limpiando yo?

Estaba furiosa, herida. ¡Ella también tenía su orgullo! Y él parecía solucionarlo todo con su dinero. Si necesitaba algo, lo compraba, si necesitaba a alguien, lo contrataba. Él podía hacerlo. Tenía el dinero, pero aquella era su casa y hasta ahora había vivido orgullosamente sin la ayuda de un hombre.

—Y lo estabas haciendo muy bien —Reynald se había cruzado

pacientemente de brazos y ella se había puesto más furiosa. Conocía muy bien esa actitud. La usaba ella cada día cuando lidiaba en la escuela con los niños —. ¿Pero pensaste en mí?

Marian parpadeó aturdida.

—¿Qué? ¿Qué tenía que pensar en ti?

—¡Oh! Vamos, ponte en mi lugar. ¿Cómo crees que me encontraba yo viéndote allí arrodillada frente a mí ofreciéndote tan descaradamente?

Marian lo miró boquiabierta.

—¡Oh, vamos!

Y se echó a reír, zanjando la discusión de aquel día.

—¿Y bien? —protestó ella haciéndose un ovillo entre sus brazos—. ¿Nos vamos a la cama o no?

CAPITULO 10

—Están llamando.

Marian buscó a Reynald con la mano, o más bien buscó su cabeza para despertarlo. Tenía sus brazos alrededor de ella y Marian suponía que su cabeza era la que tenía aferrada a su espalda.

—Deja que llamen.

—Es tu teléfono —insistió.

—Da igual.

Reynald se pegó aún más a ella y Marian rió somnolienta.

—¿Y si es importante?

—Nunca es tan importante como esto.

Marian soltó una risita encantada pero volvió a empujarlo cuando la musiquilla siguió resonando por toda la habitación.

—Reynald... es molesto.

—Está bien.

Los brazos de Reynald se apartaron de su cuerpo y Marian sintió un movimiento a su espalda mientras Reynald se levantaba y se movía desnudo por la habitación hasta alcanzar el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón, contestando con voz aún medio dormida y se sentó en la cama, despeinándose un poco más el pelo con la mano.

—¿Hoy? No, el lunes. El fin de semana no estoy para nada que tenga que ver con trabajo, ya lo sabes.

Marian lo contempló desde la calidez del interior del edredón de la cama, acurrucándose por todo el cuerpo sin dejar de mirar las largas piernas de Reynald, sus brazos musculosos, su pecho con una ligera pelusilla... Cuando levantó la mirada se encontró con los ojos del hombre y su sonrisa burlona.

Marian se encogió de hombros sin ningún pudor.

—No, no lo haré —continuó Reynald con la conversación—. No lo sé. ¿Por que no se lo pides a Dennis?

Marian se incorporó un poco en la cama, desperezándose, buscó el despertador y comprobó con disgusto que eran las once y cuarto. Habían dormido más de lo planeado.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y los dos se miraron antes de que Reynald le indicara con una sonrisa divertida que él estaba al teléfono. Marian hizo una mueca y salió de mala gana del calor de la cama, apoyando los pies en el suelo con otra mueca y buscó la bata para ponérsela antes de bajar a abrir la puerta.

El timbre sonó dos veces más antes de que Marian llegara a la puerta.

—Voy —murmuró, atando torpemente el cinto de la bata a su cintura. Fuera de la cama hacía frío y Marian no veía el momento de volver a subir.

El timbre volvió a sonar y Marian abrió la puerta, preparándose a decir cuatro cosas a la persona que estuviera al otro lado, pero en cuanto vio a la mujer de pie frente a su casa, con el dedo enfundado en unos bonitos guantes negros aún levantado para volver a llamar, se olvidó completamente de lo que había querido decir.

—Hola, querida.

Marian sólo fue capaz de asentir con la cabeza y giró el cuello hacia el hombre que había al lado de la mujer.

Tenía cierto parecido a Reynald pero más delgado y su cabello era de un brillante castaño tan desordenado como el que Reynald tenía en ese momento al levantarse. Sonrió al darse cuenta que su atención estaba dirigida en él y Marian apartó la cabeza, volviendo a mirar a la madre de Reynald con un nudo en la garganta.

—Señora Oswen —logró decir, rezando para que Reynald no bajara o le hablase en ese momento—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Venía a hablar con vosotros.

—¿Con... nosotros?

Marian se puso a la defensiva y la mujer entornó los ojos.

—Contigo y mi hijo, por supuesto.

—Ah —Marian evitó mirar hacia atrás instintivamente—. Él está...

Buscó una excusa rápida y convincente.

—¿Vistiéndose? ¿Duchándose tal vez?

La mujer sonrió radiante y Marian adivinó de quien había heredado Reynald el sarcasmo.

—Estaba hablando por teléfono —decidió responder sin embargo, ignorando las insinuaciones de la madre de Reynald y optando por la diplomacia.

—Ya que nadie me presenta —intervino el hombre dando un paso al frente con la misma sonrisa, mostrando unos perfectos dientes blancos—. Soy Dennis Oswen, primo de Reynald.

Y sin que ella se la diera, Dennis tomó su mano y se la llevó a los labios.

—¿Qué tal si sueltas esa mano?

Marian dio un respingo, sobresaltada al oír la voz de Reynald a su espalda, pero se asombró más cuando la agarró por la cintura y quitó su mano de su primo.

—Reynald, cuanto tiempo.

—Sí, hace menos de dos días que vi tu cara —Los dos hombres se miraron fijamente, sin sonreír y Marian hubiera definido la atmósfera que se creó como peligrosa—. Y, en serio, Dennis, mantente alejado de Marian.

—Oye —soltó Marian completamente abochornada, dándole un golpecito en el brazo a Reynald—. Ya vale, ¿no?

No era necesario añadir que ese no era el momento mejor para comenzar con esas escenas. Marian se giró hacia la madre de Reynald y tras unos segundos de lúgubre meditación, los invitó a pasar.

—¿Un viaje a la casa de campo de tío Edmund?

Reynald sacudió la cabeza, contrariado.

Marian no había vuelto a abrir la boca desde que todos se habían sentado

en el cuarto de estar. Reynald le había agarrado la mano cuando se sentó a su lado en el sofá y ella había tenido el tacto de levantarse en el acto con la excusa de hacer algo para tomar.

—¿No te gustaría ir, querida?

A Marian le tembló la mano al servir el café en la última taza blanca que había rescatado hacía un par de semanas de unos de los juegos más bonitos que su madre había coleccionado, y estuvo a punto de verter el líquido negro en la mesa en vez de en el interior de la taza y levantó la cabeza para mirar a la mujer.

—¿Yo?

—También vendrás, ¿no?

—Ah... —Marian buscó ayuda en la mirada de Reynald pero éste se encogió de hombros, como si la situación no le incomodara.

—¿Quieres ir?

Marian entrecerró los ojos y dejó la cafetera sobre el mantel, molesta. No es que le importara que la incluyeran en los planes, pero parecía que ahí la única preocupada por lo que pudieran estar pensando sobre ellos la familia de Reynald, era ella.

—Parece interesante —dijo, dispuesta a no ser de ayuda a las protestas de Reynald por pasar el próximo fin de semana en la casa de un pariente.

—Bien —dijo en cambio Reynald, desviando la mirada de ella—. Iremos.

—¿Qué?

Marian cerró la boca bruscamente al darse cuenta que todos la miraban y se sonrojó ligeramente.

—¿No has dicho que te parecía interesante?

—Ah, sí, pero...

Marian hizo una mueca mientras todos terminaban por organizar el viaje y se dejó caer en el sofá, permitiendo que Reynald pasara un brazo sobre sus hombros sin impedírselo. A nadie pareció extrañarle.

Cuando por fin se marcharon y los dos primos se lanzaron algunas miradas más de advertencia cuando Dennis se despidió de ella de manera exagerada y Reynald cerró la puerta, Marian le lanzó una furibunda mirada, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿A qué ha venido eso?

—¿Venir el qué?

Marian señaló la puerta con la cabeza.

—Tu familia.

—Si no quieres ir al viaje, no vamos, no tienes por qué presionarte.

Marian bufó.

—Ese es otro tema. ¿Cómo sabían que estabas aquí?

—Yo se lo dije.

Marian lo miró sorprendida.

—¿Qué les has dicho exactamente?

—¿Qué crees que les he dicho? La verdad. Que salgo con una maravillosa chica que me hace la vida mucho más fácil.

Marian dejó caer los brazos a los costados, derrotada e hizo un puchero.

—No sabía que estuviéramos saliendo.

Reynald fingió indignación.

—¿Entonces qué estábamos haciendo?

—¿Tener sexo? —sugirió sin que su respuesta sirviera para que Reynald se sintiera ofendido. No, es más, sonrió divertido y hasta asintió con la cabeza.

—Sí, eso también es verdad —y se encogió de hombros—, pero no es como si fuésemos a dejar de hacer el amor...

—Ese no es el punto...

—Si quieres podemos subir y seguir hablando en la cama sobre el tipo de relación que crees que tenemos.

A su sugerencia, Reynald la acompañó con una mirada lujuriosa y una sonrisa capaz de derretir el corazón de cualquier mujer.

Marian desvió la cabeza derrotada.

—Ah... —Marian sonrió—. Creo que mejor nos vamos a comer.

CAPITULO 11

El día pasó tan rápido como cada sábado. Demasiado corto para poder saborear de la compañía de Reynald y demasiado hambrienta de él como para tratar de dejar pasar el día y la noche antes de que llegara el domingo y una nueva despedida.

—¿Quieres hacer algo mañana?

Marian se encogió de hombros, desnudándose para ir a dormir.

—No en realidad, aunque hay una película que me gustaría ver...

Marian no se giró cuando los brazos de Reynald la rodearon por encima de la cintura y la apretó con fuerza.

—Una película —dijo, besándola en el cuello—. Suena bien.

—¿No quieres saber qué película es?

Reynald siguió el recorrido de su brazo, sin dejar de besarla. Marian se estremeció.

—Si tú quieres verla a mí me parece genial.

—Mañana no te quejes.

—Mañana no lo haré —prometió, devolviéndole el brazo mientras acariciaba sus labios con la yema de los dedos antes de besarla—, pero esta noche lo que quiero es a ti.

Marian rió pasando una mano por el vientre desnudo de Reynald y lo apretó con fuerza contra ella justo en el momento que se escuchó claramente el ruido de algo al romperse y unas voces demasiado altas. Los dos se quedaron completamente quietos, escuchando hasta que las voces dejaron de oírse y por un momento, Marian creyó que todo había terminado.

—¿Crees que su marido habrá venido? —preguntó, apartándose de Reynald que no apartaba la mirada de la ventana con expresión muy grave.

—Seguramente.

Reynald se acercó a la ventana y Marian cogió una chaqueta antes de unirse a él, asomándose a los cristales.

Las luces estaban apagadas pero unas voces algo distantes llegaban a sus oídos aunque no fue capaz de entender lo que decían.

Se escuchó un nuevo ruido al romperse y durante unas escasas décimas de segundo, Marian vio la silueta de un hombre acercándose a la ventana.

—¿Deberíamos hacer algo?

Reynald no respondió. Esta vez la pareja encendió la luz de la cocina, dejando a la vista las dos siluetas entre las cortinas y vio con claridad como él levantaba la mano y la dejaba caer sobre la cara de la mujer.

—Llamaré a la policía.

Marian se apartó de la ventana y de Reynald, comprobando que él tenía los puños apretados y la mirada llena de ira fija en la casa y fue a buscar su teléfono, marcando el número de emergencias en el momento que se oía un ruido más fuerte y unos gritos.

Sólo tuvo tiempo de levantar un momento la cabeza del teléfono. Reynald pasó por su lado a toda velocidad y Marian corrió detrás de él, alcanzándolo en el jardín donde Amy salía asustada y trataba de llevarse a su hija con ella.

—¿A dónde crees que vas, maldita mujerzuela?

—¡Por favor, déjanos! —suplico la mujer.

El marido trató de detenerla, agarrándola violentamente del brazo y la niña comenzó a llorar.

—¡Cállate!

En ese preciso instante, Reynald llegó hasta a ellos y sin decir nada, golpeó al marido, apartándolo de la mujer y de la niña que se tambalearon hacia atrás peligrosamente y Marian corrió a sujetarlas, abrazándolas mientras las apartaba de la casa, sin dejar de mirar la pelea de los dos hombres.

—¡Reynald, déjalo! —gritó, cuando vio que la pelea ya había finalizado. Reynald, sin escucharla y sobre el marido, volvió a golpearlo—. ¡Reynald!

Dio un paso hacia él, pero Reynald se levantó con esfuerzo. Tenía el

labio partido y sangraba de una ceja, pero por lo demás tenía mucho mejor aspecto que el marido de Amy que respiraba con dificultad y salía demasiada sangre de alguna herida cerca del ojo.

—Llama a la policía —dijo Reynald sin mirarla, echando una ojeada a Amy y a la niña—. Maldita sea —murmuró.

Marian obedeció sin decir nada, sólo lo observó mientras hablaba con Amy y calmaba a la niña mientras ella se encargaba de dar las explicaciones a la policía y respondía las preguntas que le hacían mientras mandaban unas unidades a la dirección que les indicó.

Cuando finalmente llegaron los coches patrullas y la ambulancia y se hicieron cargo de todo junto a las heridas, Reynald se encargó de dar los detalles.

—Tranquila —dijo, frotando los brazos de Amy mientras Reynald y su marido eran interrogados un poco más lejos.

—¿Te importaría cuidar de María mientras no estoy? No quiero que venga a la comisaría y no tengo a nadie con quien dejarla.

La mirada de ansiedad de Amy hizo que Marian se sobrecogiera y cogió a la niña en brazos, inmediatamente después de sonreír tranquilizadora.

—Puedes ir tranquila —dijo cuando uno de los policías fue a buscarla para llevarlos a los tres a comisaría a prestar declaración.

Reynald le había pedido que se mantuviera al margen. Lo había hecho con voz ronca pero suave y en todo momento había evitado encontrarse con su mirada.

Ella no había discutido, pero en ese momento, mientras acariciaba a María y trataba de calmar sus llantos y veía como Reynald se alejaba dentro de un coche patrulla, tuvo miedo.

—Ya está —dijo, conduciendo a la niña dentro de la casa—. Ahora va a estar todo bien.

Se quedó con ella hasta que consiguió que se quedara dormida y cuando bajó a la silenciosa cocina, de pronto le pareció demasiado vacía,

comprendiendo que había sido Reynald quien había llenado ese espacio que faltaba, que había sido él quien había espantado los fantasmas de su pasado como había conseguido alejar al marido de Amy.

Con un suspiro, comenzó a preparar una buena infusión de tila y vertió el sobrecito en la tetera, dejando que el aroma invadiera toda la cocina. Después de la segunda taza y de cambiar una vez más el canal de televisión, escuchó el ruido de neumáticos frente a su casa y para entonces ya estaba amaneciendo.

Rápidamente fue hacia la ventana y vio a Amy bajar de un taxi. Dudó un instante y finalmente caminó hacia la casa, tardando un poco más en llamar al timbre. Marian abrió la puerta y la invitó a pasar, dándole un rápido abrazo.

—¿Quieres tomar una tila?

Amy negó con la cabeza.

—No, no hace falta. Gracias.

La miró con un poco de aprensión y Marian fue a la cocina a por una nueva taza, llenándosela y la dejó en sus manos. Amy la aceptó con timidez.

—¿Por qué no te quedas a dormir aquí? —dijo, comprendiendo tal vez que no era el mejor momento para hacer preguntas y que tal vez ella tenía miedo de regresar a su casa—. María está dormida. Tardó mucho en calmarse, sería una pena que se despertara ahora.

—Yo...

—Siéntate —la animó, indicándole el sofá a su lado.

Amy obedeció sin decir nada y bebió de la infusión mientras las dos miraban en silencio las imágenes del programa en un volumen exageradamente bajo.

—Pensé que cambiaría —dijo Amy de pronto, sorprendiéndola.

Marian la miró y Amy comenzó a llorar, moviendo la taza con violencia. Marian se la quitó y la dejó de mala manera sobre la mesa, abrazando a la mujer y consolándola un momento.

—Nunca cambian —susurró ella y Amy asintió sin volver a decir nada.

Amy no puso ninguna resistencia para subir a la habitación contigua a la

de ella y se tumbó junto a la niña, susurrándole algo mientras la tapaba con la manta.

Marian les concedió intimidad, cerrando la puerta y escabulléndose a su habitación. No se acostó. Fue directamente a la ventana y se quedó observando la calle, preguntándose por qué Reynald no había llegado también.

—Mañana se lo preguntaré —se prometió, incapaz de llamar a la puerta de al lado y preguntarle a Amy sobre lo que había ocurrido en comisaría.

CAPITULO 12

Reynald la llamó una sola vez y le ahorró hacerle preguntas innecesarias a Amy, pero evadió de forma seca sus preguntas, cortando la comunicación con pretextos de que estaba ocupado y tenía cosas que hacer.

La sensación de ansiedad no desapareció y mucho menos disminuyó, pero Marian trató de mostrarse todo lo animada posible ante Amy y la niña y pasaron el día juntas, sin salir de casa. Amy habló un poco más y se mostró más animada ahora que Reynald le había dicho que su marido pasaría unos días en prisión y tendría una orden de alejamiento para ella y la niña, pero que todo tendría que solucionarse mediante juicio.

La semana fue excesivamente larga, más de lo que nunca lo había sido hasta ese momento y su humor también fue bastante desagradable. Durante los cinco días deseó tener el valor de llamar a Reynald solo por el placer de oír su voz, pero no fue capaz. Tenía demasiado miedo a que ahora que todo se había arreglado más o menos con Amy, ahora que él ya no era necesario, que ya no necesitaba su casa, decidiera olvidarla, decidiera no regresar a la casa, junto a ella.

Condujo más rápido que de costumbre. Según terminaron las clases no esperó a que Max la interceptara a la salida, cuando su amiga saliera también de su aula; se apresuró al aparcamiento y arrancó el pequeño coche antes de que nadie pudiera hacerle preguntas. En ese momento, más que en cualquier otro hasta ahora, Marian no estaba dispuesta a responder nada. Ni siquiera creía poder hacerlo; el nudo que tenía en el pecho y la garganta parecía crecer por minutos, por segundos posiblemente y Marian creía que terminaría asfixiándola.

Dejó el coche en la entrada como de costumbre, notando unas intentas ansias al comprobar que el coche de Reynald no estaba aún aparcado y se

apresuró a entrar, abriendo la puerta con manos temblorosas.

—¿Reynald? —llamó, sabiendo que la tranquilidad y silencio que había en el interior no indicaba que hubiera nadie dentro.

Incluso el polvo sobre las superficies de los muebles le decía que Reynald no había estado en aquella casa en toda la semana.

—Se acabó —murmuró con unos deseos incontrolables de echarse a llorar.

—¿Qué se ha terminado?

Marian se giró bruscamente y miró a Reynald con la misma expresión que había puesto la primera vez lo había visto en ese el mismo vestíbulo.

—Reynald... —susurró, acercándose lentamente a él.

—¿Ocurre algo?

Cuando llegó hasta él lo abrazó con fuerza y sólo sintió que el peso de las angustias desaparecía cuando Reynald la estrechó entre sus brazos y le beso en la mejilla.

—¿Qué ha pasado? —insistió, apartándola lo justo para mirarla a la cara con una expresión grave de preocupación.

Marian sacudió la cabeza.

—Nada ahora que te he visto —dijo con una mueca.

—¿Estabas preocupada? —rió Reynald sin una pizca de remordimiento.

Marian le dio un golpe y él fingió doblarse de dolor.

—¿Cómo están las heridas?

Reynald se llevó la mano al labio y se encogió de hombros.

—Sólo son rasguños.

—Pobrecito —dijo ella, besándolo.

—Pero si el trato es éste puedo fingir que es mucho más serio.

Marian volvió a golpearlo.

—¡Ni siquiera una llamada!

—He estado muy ocupado de verdad. Quería ayudar a Johanna y Amy de alguna manera. Y quería que fuera cuanto antes. No es un secreto que la ley

puede ser muy lenta algunas veces.

Marian miró hacia la casa de al lado a través de los cristales de la ventana del salón.

—¿Cómo está Amy?

—Mejor. La he dejado a salvo con Johanna.

Marian lo miró sorprendida.

—Pero Johanna estaba en...

—¿No necesitaba un tiempo para cambiar de aires?

—Bueno, sí —admitió. Al fin y al cabo había sido una gran idea. Amy se recuperaría mucho mejor lejos de allí y junto a una hermana que la quería y apoyaría y Maria aún era muy joven para comprender muchas cosas—. ¿No tendrá problemas con la ley?

—He estado ocupado para resolver algunas cosillas —dijo Reynald de manera enigmática.

—Oh, es verdad. Los de tu especie sois capaces de cualquier cosa —rió.

—Los de mi especie... —repitió Reynald con una sonrisa—. Ya habíamos hablado de eso.

—Ya lo hemos hecho, sí.

—¿Y bien? ¿Preparada?

Marian parpadeó sin comprender.

—¿Preparada para qué?

—No me digas que se te ha olvidado el viajecito a la casa de mi tío.

Marian se llevó lentamente la mano a la boca, mirando a Reynald asustada.

—Se me había olvidado completamente.

—Una pena, porque ya nos están esperando todos.

—No...

¡Aún no se había mentalizado para eso!

—Sí —insistió Reynald empujándola fuera de la casa—. Es hora que presente formalmente a mi novia.

Marian lo miró con aprensión, pero no con la suficiente para que Reynald cediera.

—No creo poder estar a la altura de tu familia.

—Vamos —Reynald le abrió la puerta del coche y esperó con una sonrisa a que entrara—. No necesitas estar a la altura de nadie —dijo suavemente antes de cerrar la puerta—. Por sí sola ya eres magnífica.

FIN